

ros era importante. Los ingleses perdieron menos de cuatrocientos hombres, no costándoles la victoria ninguna dificultad.

Parecía que Howe tenía á su discreción todo el resto del ejército americano, pues había sido rechazado sobre una punta de tierra rodeada de agua, pero como estaba seguro de su presa no les atacó inmediatamente. Mientras se retardó é hizo sus preparativos, Washington, que había llegado en lancha al lugar del desastre, daba la última mano á sus planes. Merced á un golpe de maestría táctica, transbordó el ejército derrotado y le hizo entrar en New-York en la noche del 29.

Al día siguiente por la mañana, el general del rey, al despertarse, dióse cuenta de que su presa había volado.

El desaliento, la humillación llegaron al colmo; sólo Washington era el único que seguía con esperanza.

Se decidió, por fin, que se abandonaría á New-York.

El que se opuso más vivamente á esta evacuación fué el general George Clinton, rudo soldado del condado de Ulster, donde su familia ocupaba cierto rango, después de haberse unido por matrimonio con los Tappan y los de Witt, de vieja raza holandesa. Clinton no perteneció nunca á las antiguas familias coloniales de importancia. Fué casi el único *leader* revolucionario neoyorkino influyente que jamás había salido de este medio. Así, lo miraba con cierto desdén, que le devolvían con usura. Era un hombre de carácter capri-

Los católicos de Maryland y la mayor parte de los colonos alemanes eran firmes sostenes de la causa revolucionaria. Pero los americanos más valientes y fogosos, fueron los colonos presbiterianos irlandeses y sus descendientes.

choso, de espíritu estrecho, pero de un valor obstinado y dotado de gran talento en la acción. Era muy ambicioso, y se reveló como un *leader* fanático del partido popular en la lucha contra la corona.

El 15 de Setiembre, Howe, después de haber perdido, como de ordinario, una preciosa quincena, se puso en movimiento contra Manhattan-Island. Sus tropas desembarcaron en la bahía de Kip, donde los americanos, que debían hacerles frente y que estaban en mayoría de milicianos, sintiéronse poseídos de un vergonzoso pánico y huyeron ante ellos. Washington, en el colmo del furor, corrió á toda prisa hasta el campo de batalla é hizo todo lo posible por impedir la derrota, hiriendo con su espada á los fugitivos, dirigiéndoles los más despreciables epítetos; pero todo fué inútil, la fuga no pudo evitarse, y Washington hubiera sido muerto ó hecho prisionero á no ser por la ayuda de sus ayudantes de campo, que tomando á su caballo por las bridas, lo retiraron á la fuerza del campo de combate.

Sin embargo, la conducta y las palabras de Washington produjeron su efecto. Los americanos se arrepentían de su pánico y se sentían altamente avergonzados de sí mismos.

Las tropas reales maniobraban con tal lentitud, que las divisiones americanas que se hallaban al sur de la bahía de Kip, tuvieron tiempo de huir sin ser atacadas.

En su retirada, estas tropas estaban mandadas por un joven y brillante oficial, Aaron Burr, entonces ayuda de campo del rudo y viejo matador de lobos y de corazón sencillo, el general Putnam; la retaguardia fué protegida por Alejandro Hamilton y su compañía de artilleros neoyorkinos, que en una ó dos escara-

muzas estuvo á corta distancia de la vanguardia de los perseguidores.

Washington reunió su ejército en la cima de Harlem, y al día siguiente dió una dura lección al enemigo. Una avanzada americana fué atacada y rechazada por tropas ligeras inglesas, que á su vez fueron atacadas y muy maltratadas por las de Connecticut y Virginia. Las salvaron de la destrucción algunos regimientos de Hessois y de Highlanders, pero llegaron otros refuerzos de parte de los americanos y las tropas reales fueron finalmente derrotadas en el campo de batalla. Un centenar de americanos y un número próximamente triple de sus enemigos, fueron muertos y heridos.

Esto no pasaba de ser una seria escaramuza, pero no era una victoria, y contribuyó mucho á levantar el corazón de los americanos.

Por otra parte, ésta fué una lección dada á las tropas reales, la cual hizo que Howe fuese en lo sucesivo más prudente. Pasó un mes entero en hacer frente á las líneas de Washington, declarando que eran demasiado fuertes para intentar un asalto.

Entonces los rudos lobos de mar de la escuadra vinieron en su socorro, con la audacia y el éxito habituales en los marinos ingleses. Las fragatas rompieron los obstáculos que los americanos habían acumulado con esperanza de cerrar el paso del Hudson, y desfilaron ante los flancos del ejército patriota. El paso de Lormd fué igualmente forzado.

Washington no podía tomar otro partido que el de la retirada. La hizo con lentitud y disputando sin cesar el terreno.

En las Llanuras Blancas (*White Plains*), Howe hizo retroceder á las avanzadas americanas, perdiendo

más gente que su adversario. Pero quince días después, á mediados de Noviembre, un desastre pesaba sobre los americanos.

Por deferencia á los deseos del Congreso, Washington había colocado guarniciones en los dos fuertes que habían sido construidos para guardar el paso del Hudson. Howe, desplegando una súbita energía, los atacó. Uno de estos fuertes fué abandonado desde el primer momento; el otro fué tomado por asalto, y su guarnición, compuesta de unos tres mil hombres, fué hecha prisionera, después de una resistencia que á lo más pudo calificarse de honrosa.

Washington se batía en retirada en la New-Jersey con su ejército, que disminuía sin cesar, hasta el punto de no contar apenas tres mil hombres. Mucho tiempo antes los milicianos le habían abandonado, y sus tropas regulares, cuyos cortos compromisos tocaban á su fin, se iban por compañías y por regimientos.

Los amigos más firmes de América desesperaban.

Entonces, en medio de un invierno glacial, Washington se volvió de súbito contra el enemigo, franqueó el Delaware, y por la victoria de Trenton, obtenida precisamente cuando la guerra se presentaba más sombría, restableció la causa patriota.

Durante los siete años que se siguieron, New-York sufrió todas las humillaciones que pueden pesar sobre una ciudad conquistada. Las tropas reales estaban allí de guarnición bajo el régimen militar: habían hecho de la ciudad el cuartel general para toda la América. Los forrajeros y sus colonos expedicionarios asolaron los condados vecinos, no solamente en New York, sino también en la New-Jersey y Connecticut. Los alrededores inmediatos de la ciudad se horrorizaron ante la formidable guarnición y permanecieron leales. Más

allá se extendía una gran extensión de terreno neutro, donde las tropas ligeras y las fuerzas irregulares de ambas partes se dedicaban á pelear, molestando á los desgraciados habitantes. Se armaron varios corsarios para dirigirse contra navíos de otros Estados, del mismo modo que los corsarios de los patriotas habíanse dado á la vela contra la marina inglesa en los comienzos de la guerra.

La mayor parte de los patriotas más activos de la ciudad la habían abandonado. No quedaban detrás de ellos más que la población pobre, las gentes de corazón débil, los reaccionarios en gran número y la parte más numerosa de la población, que se esforzaba por guardar la neutralidad en el conflicto.

A esta última clase pertenecían sólo aquellas personas cuya conducta debe considerarse profundamente despreciable.

La mayor parte del elogio pertenece, sin duda, á los hombres resueltos, á los corazones bien templados, á los perspicaces del partido, patriotas muy distintos de los puros demagogos y de los cabecillas de la chusma que van unidos, como es natural, á todo gran movimiento popular.

Podemos también tributar un elogio sincero á los honrados y valientes leales que lo sacrificaron todo por su abnegación á la causa del rey.

Pero los oportunistas egoístas, los tímidos, los que permanecen impasibles ante dos llamamientos y no se deciden sobre el partido que deben seguir en las grandes crisis políticas, esos no merecen más que el desprecio.

Las tropas reales nunca se portaron como vencedoras crueles, pero se mostraron insolentes, despóticas, y á veces brutales. Los leales se encontraban en una

posición en extremo falsa. Ellos habían esgrimido la espada contra sus compatriotas, y no obstante, nunca podían aspirar á ser tratados igualmente que aquéllos por los cuales combatían. Reconocieron bien pronto, y con amargo disgusto, que sus altaneros aliados les miraban como inferiores, y despreciaban un *tory* americano tanto como aborrecían á un *whig* americano.

El ejército nacional se conducía mal en la ciudad *semi-tory* de New-York, pero el ejército invasor que la había tomado se conducía mucho peor. Los soldados forzaron las puertas de las bibliotecas de la corporación, del colegio y de las bibliotecas públicas, se repartieron los libros, que vendían en las calles ó cambiaban por bebidas en las tabernas de baja estofa. Saquearon también las iglesias presbiterianas, holandesas reformadas y hugonotes, que fueron más tarde convertidas en prisiones para los americanos hechos prisioneros, mientras que las iglesias episcopales que habían sido cerradas por la serie de desórdenes cometidos por el populacho patriota, se abrían de nuevo.

Los parásitos del ejército, los merodeadores, las mujeres perdidas y demás canallas, formaron verdaderas cuadrillas de bandidos que infestaban las calles cuando entraba la noche, y hacían peligrosa toda salida.

Organizóse un gigantesco sistema de innoble mercadería y de hampa, merced al cual, los proveedores y comisarios, así como un gran número de funcionarios reales, se enriquecieron á expensas del gobierno inglés, y cuando robaban al gobierno en gran escala, no era preciso aguardar á lo que ahorrasen los reaccionarios.

Los realistas ricos, y con mayor razón todos los

*whigs*, vieron que se les arrebatava todo lo que podía transportarse, sus muebles, sus caballos, sus provisiones, sus vajillas, tanto por cuadrillas de soldados en merodeo como por comisarios, y sin poder jamás obtener protección ó compensación, pues los oficiales que mandaban acogían desdeñosamente sus representaciones. Ellos se quejaban, con una cólera llena de amargura, de que las tropas enviadas para reconquistar América pareciesen dispuestas á hacer campaña menos eficaz contra los rebeldes que contra los amigos mismos del rey y la caja del rey mismo. Una gran parte de los soldados estaban alojados en casa de los habitantes y vivían como querían, conduciéndose bien ó mal, según su carácter personal.

Pocos días después de la toma de New-York, hubo un incendio, y una gran parte de la ciudad fué destruida antes de que se pudiese dominar el fuego. Los soldados ingleses tomaron con calor la idea de que el incendio fué obra de los rebeldes, y en la anarquía que resultó de este acontecimiento, cometieron odiosas brutalidades, pasando á la bayoneta cierto número de personas, tanto *whigs* como *torys*, á quienes, en su furia, acusaron de haber tomado parte en el complot para quemar la ciudad.

Dos ó tres años después hubo otro gran incendio, que destruyó una parte de lo que había respetado el primero.

El día en que estalló el primer incendio, un espía americano, Nathan Hale, fué preso. Su suerte llamó mucho la atención, á causa de la elevación de su carácter. Era capitán en el ejército patriota, graduado de Yale y casado con una muchacha joven. Se habla encargado voluntariamente de esta tarea peligrosa, obedeciendo al más noble sentimiento del deber. Fué

ahorcado al día siguiente por la mañana, y sufrió su suerte con una firmeza tranquila, impasible; sus últimas palabras fueron para expresar su dolor por no tener más que una existencia que dar á su país. Fué llorado por sus camaradas americanos tan profunda como sinceramente, y con tanta razón como lo fué el mayor André de los oficiales reales algunos años después.

Cuatro ó cinco mil soldados americanos fueron hechos prisioneros en las batallas que terminaron con la toma de New-York. A partir de esta época, la ciudad se convirtió en prisión de todos los patriotas que fueron encarcelados. La vieja casa-ayuntamiento, la antigua fábrica de azúcar de Livingston, sombrío edificio de piedra, de cinco pisos, con angostas y profundas ventanas, así como la mayoría de las iglesias no episcopales, fueron convertidas en cárceles, donde se amontonaba á los cautivos.

Era esta una época mucho más penosa que la época actual. Las cárceles de los países civilizados se hallaban en estado escandaloso, aun en tiempo de paz, y la suerte de los prisioneros de guerra era horrible. Los oficiales reales, en general, no pedían, sin duda, otra cosa sino que se siguiese una conducta humanitaria; pero el preboste-mariscal de New-York era un hombre de los más brutos, y los comisarios groseros, que tenían la empresa de alimentar á los prisioneros, hicieron grandes fortunas suministrándoles alimentos corrompidos, menguando sus raciones, y así en todo lo demás.

Los cautivos estaban amontonados, formando una masa compacta, vestidos de harapos, escuálidos, roídos de miseria y de fiebre. La peste, la mala calidad de los alimentos y del agua, el calor asfixiante en

verano, el frío en invierno, diezmaban sus filas. Todas las mañanas venían á las puertas los carros mortuorios para recibir la carga de cadáveres humanos que, durante la noche, habían sucumbido sobre la paja infecta que les servía de lecho.

Los barcos que servían de cárceles estaban peor todavía. Consistían en malos pontones, navíos de comercio ó de guerra, anclados la mayoría en la bahía de Wallabout. En sus bodegas hediondas y malsanas morían los hombres á centenares, y se les enterraba en fosas poco profundas, á nivel de las altas aguas, donde la marea no tardaba en sacarlos á flote.

Algunos años después se sacaron de este limo infecto carretadas de osamentas humanas para darles sepultura cristiana.

Tal fué la existencia que llevó New-York durante siete años de larga esclavitud, mientras Washington y sus continentales se batían por la libertad de América.

Y Washington no hubo de batirse solamente con el enemigo, propiamente dicho, sobre el campo de batalla. Le fué preciso también luchar con las deficiencias que dictaban á los diversos Estados su miopía, sus amargas envidias, con la impotencia y las intrigas del Congreso, la pobreza del pueblo, la bancarrota del gobierno, la timidez y frialdad de la mayoría, el desafecto manifiesto de muchos, la impudencia de especulación que alguna vez se observó en los altos puestos de la armada. Era preciso luchar, sobre todo, con la antipatía general que inspira la disciplina y el esfuerzo sostenido, á esta raza de arrendatarios astutos, bravos, fuertes, que tenía que dirigir; gentes no acostumbradas á ninguna violencia, absolutamente incapaces de comprender la necesidad

de hacer algunos sacrificios presentes para asegurar el porvenir.

Pero el alma de Washington se elevaba por encima de los desastres, del infortunio y de los tormentos.

Verdaderamente le pertenecía el corazón del pueblo, había conquistado para siempre la abnegación de los viejos soldados, con los que siempre se triunfa.

El 25 de Noviembre de 1783, las tropas reales abandonaron la ciudad que habían ocupado durante tanto tiempo, llevándose consigo cerca de doce mil leales.

El mismo día, Washington hizo su entrada con sus tropas y las autoridades civiles del Estado.